

## IX. LOS TRIUNFOS DEL ENTUSIASMO

El trabajo nos alivia el dolor. — SHAKESPEARE.

La única prueba concluyente de la sinceridad de un hombre es la abnegación con que personalmente se sacrifica por un ideal. Las palabras, el dinero, son cosas relativamente fáciles de dar; pero cuando un hombre se da diariamente a sí mismo, evidencia con ello que la verdad está en él. — LOWELL.

Guardémonos de perder el entusiasmo. Gloriémonos en algo y mantengamos nuestra admiración por cuanto ennoblece y nuestro interés por cuanto acrecienta y hermosea nuestra vida. — FELIPE BROOKS.



EN la *Galería de Bellas Artes* de París hay una hermosa estatua modelada por un escultor que tenía su taller en un zaquizamí. Al acabar el boceto cayó una copiosa nevada, y a fin de que la nieve no estropease la obra, tapó las goteras con la ropa de su cama. Al día siguiente encontraron al pobre escultor muerto de frío; pero su artística concepción quedó salvada y otras manos se encargaron de esculpirla.

Según frase de un eminente economista, ningún establecimiento de crédito prospera hasta que el director se lo lleva a la cama.

El entusiasmo realza la importancia de cosas insignificantes. De la propia suerte que descubren los enamorados en su amada virtudes y encantos invisibles a extraños ojos, así el hombre henchido de entusiasmo siente con mayor penetración que los demás la hermosura de su ideal, que le compensa de penalidades.

Refiere Dickens que le acosaba la imagen de los personajes de sus novelas hasta que les daba cuerpo en el manuscrito.

Un muchacho de doce años, que con mucho lucimiento acababa de tocar el piano en presencia de Mozart, le preguntó:

— Señor maestro, me gustaría componer algo. ¿Cómo he de empezar?

— Poco a poco. Es preciso tener paciencia.

— Pero usted empezó más joven aun que yo.

— Es verdad; pero nunca pregunté cuándo había de empezar, pues la inspiración no se compra.

Decía Gladstone que lo verdaderamente importante es iluminar el espíritu interior de todo niño, pues todos tienen, en grado más o menos efectivo, la posibilidad de hacer algo bueno en el mundo, y no únicamente los agudos y despiertos, sino los que parecen torpes y lerdos. Con tal que tengan buena voluntad, irán sacudiendo poco a poco su torpeza.

La obscura húngara Gerster cobró fama de can-

tante y labró su fortuna desde la primera noche en que salió a escena. Su entusiasmo electrizó a los espectadores. En menos de una semana alcanzó popularidad. Su alma estaba anhelosa de progreso y puso todas las potencias de su mente al entusiasta servicio del individual perfeccionamiento.

Las supremas obras artísticas nacieron al calor del entusiasmo que por la belleza sentía el artista al plasmar su idea.

Manifestaba un crítico a la Malibrán su admiración de oírle dar el mí sobreagudo, y respondió la insigne cantante:

— Tras él he ido durante un mes. Lo perseguía por todas partes, al vestirme y al peinarme, hasta que, por fin, lo encontré en la punta del zapato al calzarme.

Sobre el particular dice Emerson:

El entusiasmo determina los sucesos culminantes de la historia del mundo. Ejemplo de ello nos dan las victorias de los musulmanes, que en pocos años fundaron un imperio más vasto que el de Roma. Conquistaron el Asia, el Africa y España. El bastón del Califa Omar infundía más terror que la espada de otros caudillos.

El entusiasmo capacitó a Napoleón para llevar a cabo en dos semanas una campaña que otro hubiera tardado un año en concluir.

En Italia ganó Napoleón en quince días seis batallas, tomó al enemigo veintiuna banderas, cincuenta y cinco cañones y quince mil prisioneros. Tras aquel espantoso alud decía un derrotado general austriaco con ridícula jactancia: «Ese joven general no sabe una palabra del arte de la guerra. Es un perfecto ignorante. No se puede con él». Pero los soldados seguían a su «Cabito», con entusiasmo ahuyentador de la derrota.

Dice A. H. K. Boyd:

Hay casos de mucho empeño en que la diferencia entre el ánimo vacilante y el ánimo entero equivale a la diferencia entre la derrota y la victoria.

En un momento crítico exclamó Nelson: «Si muriera ahora mismo, se encontraría grabado en mi corazón el anhelo de más buques».

La sencilla e ingenua doncella de Orleans, con su sagrada bandera, su bendita espada y su fe en la misión recibida de lo alto, entusiasmó al ejército francés como no consiguieron reyes ni estadistas.

¡Qué obra más eficaz llevaríamos a cabo con sólo convencernos de nuestro congénito poder! Pero, como enfrenado caballo, no conoce el hombre sus fuerzas hasta que se desboca.

Cristóbal Wren, sin haber estudiado arquitec-

tura, edificó en Londres cincuenta y cinco iglesias y treinta y seis salas públicas. Su epitafio dice:

Aquí yace el constructor de esta Iglesia, Cristóbal Wren, que vivió más de noventa años, no en su provecho, sino en el del bien común. Pasajero, si buscas su monumento, mira alrededor.

Cuando Wren estuvo en París con objeto de inspirarse para edificar la catedral de san Pablo, exclamó: «Me dejaría desollar a cambio del trazado del Louvre». Sin embargo, pregonan su habilidad los palacios de Hampton y Kensington, el teatro Drury, la Bolsa, el gran Monumento, los templos y palacios de Oxford y su obra maestra, la catedral de san Pablo, en la que empleó treinta y cinco años. A pesar de su larga vida y de la excelente salud de que disfrutó en sus últimos años, fué Wren sumamente endeble y delicado en la infancia. El entusiasmo vigorizaba su cuerpo.

La indiferencia no conduce los ejércitos a la victoria ni anima el mármol en estatuas ni alienta en sublimes armonías musicales ni subyuga las fuerzas de la naturaleza ni erige grandiosos edificios ni levanta el ánimo a las alturas de la poesía ni llena el mundo con las heroicidades de la confraternidad humana. El entusiasmo, como dice Carlos Bell, fundió la estatua de Memnon, enquició las bronceas puertas de Tebas, puso sobre su

eje la brújula marina y movió la tremenda palanca de la imprenta. El entusiasmo dilató telescópicamente la mirada de Galileo hasta que los mundos aletearon uno tras otro ante sus ojos; rehizo las velas colombinas en el canal de las Bahamas; blandió la espada de la libertad en cien combates; afiló la segur que a través de los bosques abría los senderos de la civilización y desplegó las místicas hojas en que Milton, Cervantes y Shakespeare estamparon sus vibrantes pensamientos.

Decía Horacio Greeley, que las mejores obras son las del hombre de elevada mente que con entusiasmo se aplica a su labor. Y Salvini añade sobre el particular:

El mejor método es el entusiasmo empleado en una labor. Si infundís en las gentes el convencimiento de que vuestras palabras son sincera expresión de vuestro sentir, os perdonarán muchas incorrecciones. Pero, sobre todo, estudiad, estudiad y estudiad. Todos los genios del mundo serían incapaces de ayudaros en el conocimiento de vuestra profesión, si no la estudiarais con entusiasmo. A mí me costó años enteros dominar tan sólo una parte.

El carácter americano se distingue por el entusiasmo casi frenético con que se determina a un propósito. Esta característica no se halla en los países tropicales ni tampoco los americanos la sentían hace medio siglo; pero la influen-

cia de los Estados Unidos y de Australia, donde el éxito requiere la aplicación de todas las energías a su logro, se ha difundido de tal suerte, que la cualidad propia un tiempo de unos cuantos ha cuajado en el carácter colectivo de las naciones directoras.

El entusiasmo despertador de nuestro ser nos distiende las fibras para realizar la labor anhelada por nuestro corazón. Por el entusiasmo determinóse Víctor Hugo a no salir de su casa hasta concluir *Nuestra Señora de París*.

El insigne actor Garrick respondió a un fracasado predicador que le preguntaba cómo se las componía para subyugar al auditorio:

La diferencia está en que usted habla de verdades eternas como si dudase de ellas, mientras que yo represento ficciones como si fuesen verdades.

Decía la señora Stael a su amigo el señor de Mole:

Si pudiera prescindir del qué dirán, no abriría la ventana de mi aposento para disfrutar por vez primera del espectáculo de la bahía de Nápoles; y en cambio, recorrería quinientas leguas para conversar con un hombre de ingenio a quien todavía no conociese.

El entusiasmo es aquel invisible y armonioso espíritu que cobija las obras del genio y pone a

quien las contempla en la ideal presencia del autor.  
Cuenta un biógrafo de Beethoven:

Una noche de invierno paseábamos a la luz de la luna por una estrecha calle de Bona, cuando de pronto se detuvo el gran compositor ante una casa de humilde apariencia, de cuya entreabierta puerta salían las vibraciones de un piano, y exclamó:

— ¡Calla! ¡Mi sonata en fa! ¡Y qué bien la tocan!

En pleno final enmudeció el piano y oímos una voz que sollozante decía:

— No puedo tocar más. Es tan hermoso, que no lo interpretaría debidamente. ¡Qué lástima! ¡No poder ir al concierto de Colonial!

A esto respondió otra voz:

— ¡Ah! hermana mía. ¿Por qué te afliges de lo que no tiene remedio? Apenas podemos pagar el alquiler.

Repuso el otro interlocutor:

— Tienes razón. Y sin embargo, quisiera, al menos una vez en mi vida, oír música de veras, que no siempre hay ocasión de oír.

Entonces me dijo Beethoven:

— Entremos.

— ¡Entrar! ¿Y qué haremos dentro?

— Tocaré el piano. La muchacha tiene sentimiento y talento.

Empujó Beethoven la puerta y nos vimos dentro de la casa, frente a un joven sentado junto a una banqueta de zapatero, pues lo era remendón y tenía una hermana que, al entrar nosotros, estaba tristemente reclinada sobre el piano.

— Perdonadme — dijo Beethoven —, oí música y me vino tentación de entrar. Soy músico y he entrecorrido

algo de lo que decíais. ¿Gustaríais de que tocara el piano?  
— Muchas gracias — respondió el zapatero —. Pero nuestro piano es muy viejo y no tenemos papeles de música.

— ¡No tenéis música! Pues entonces, ¿cómo toca esta señorita? ¡Ah!, pero perdonadme — repuso Beethoven al reparar en que la joven era ciega —. No me había dado cuenta hasta ahora. Pues así, ¿toca usted de oído? Pero ¿en dónde oye usted música si no va a los conciertos?

— Hemos vivido dos años en Bruhl y tuve ocasión de oír a una señorita vecina. En verano estaban abiertas las ventanas y yo salía a la solana para oírla.

Sentóse Beethoven al piano. Nunca, desde que le conocía, tocó tan magistralmente como aquella noche en presencia del zapatero y su hermana. El viejo instrumento parecía inspirado. Los dos hermanos escuchaban extáticos el raudal de armonías que vibraban con rítmicas cadencias, cuando de pronto se apagó la vela que alumbraba el aposento. Abrió entonces el zapatero la ventana y un brillante flujo de luna invadió la estancia, bañando en luz la figura del maestro quien, como si quedara absorto en altos pensamientos, dejó de pulsar el teclado.

— ¡Maravilloso pianista! — exclamó el zapatero —. ¿Quién y qué sois?

— ¡Escuchad! — respondió el egregio compositor atacando los primeros compases de la sonata en fa.

— ¡Entonces sois Beethoven! — gritaron gozosos los hermanos. — ¡Oh! ¡tocad todavía más! ¡Una vez más tan sólo!

Y el maestro, fijando la pensativa mirada en la hermosa claridad de la luna que por la ventana fluía desde las alturas del límpido firmamento en que centelleaban las estrellas, respondió:

— Voy a improvisar una sonata a la luz de la luna. Al punto resonaron las melancólicas notas de infinita dul-

zura del primer pasaje, que parecían derramarse del teclado tan suavemente como la luz de la luna sobre la tierra. Siguió después el segundo pasaje en tres tiempos, semejante a una danza de hadas en la aterciopelada hierba del prado. Y vino el soberano final descriptivo de impelente terror, que a todos nos arrastró en sus alas, dejándonos suspensos de pasmosa admiración.

—Quedad con Dios—dijo Beethoven encaminándose hacia la puerta.

—¿Vendréis otra vez?—preguntaron los hermanos suplicantes.

—Sí, volveré a dar algunas lecciones a esta señorita. Adiós.

Al salir me dijo:

—Vámonos de prisa a casa para transcribir esta sonata antes de que se me olvide.

Fuímonos presurosos; y no había aún amanecido, cuando se levantó el maestro de su mesa de trabajo con la *Sonata a la luna* entre manos.

Durante doce años estudió Miguel Angel anatomía, con menoscabo de su salud; pero este estudio determinó su estilo artístico y fué el principal elemento de su gloria. Dibujaba las figuras en esqueleto, les añadía los músculos, después la piel y, por fin, el ropaje. Con sus propias manos construyó las limas, cinceles y pinzas, y preparaba los colores que usaba en sus trabajos.

El entusiasmo de Rafael contagió a todos los artistas de Italia, y con la modestia de su atractivo trato desarmó la envidia y los recelos.

Desdeñó Bunyan la libertad por no separarse de su hija María que estaba ciega y era carne de sus huesos, ni tampoco quiso abandonar, llevado de locas ambiciones, el entusiasmo que sintió para dar al mundo la inmortal alegoría que ha perpetuado su nombre.

Tan sólo los pensamientos que alientan en las palabras tienen fuego lo bastante vivo para inflamar el corazón de quien las escucha.

Francisco Parkman nos ofrece admirable ejemplo del poder del entusiasmo. Mientras estudiaba en Harvard, concibió el proyecto de escribir la historia de la colonización inglesa y francesa en la América del Norte, y a este propósito dedicó su vida y su fortuna. Aunque la estancia entre los indios dakotas con objeto de recoger materiales para su historia le había quebrantado la salud, hasta el punto de perder la vista, se mantuvo firme en el propósito formado en su juventud y pudo, al cabo de cincuenta años, dar al mundo la mejor monografía histórica sobre el tema propuesto.

En cierta ocasión anduvo Lincoln seis millas para pedir prestada una gramática, y al volver a su casa quemó una vela tras otra mientras estudiaba tan preciosa presea.

El cruzado inglés Gilberto Becket cayó prisionero y fué destinado como esclavo al palacio de

un príncipe sarraceno, cuya confianza supo captarse con el amor de la hija de su dueño. Al cabo de algún tiempo logró fugarse a Inglaterra, a donde la amante doncella fué en su busca; y aunque sólo sabía del idioma inglés las dos palabras: *London* y *Gilbert*, repitiendo la primera pudo embarcarse en un bajel con rumbo a la populosa metrópoli, y repitiendo la segunda de calle en calle al llegar a la capital, encontró, por fin, a su amado.

El entusiasmo es irresistible espoleo de la juventud que se lanza denodadamente a su propósito, que en todo ve salida y no se acuerda de que haya fracasos en el mundo, sino que cree que el linaje humano ha estado esperando largos siglos la llegada hora de libertad.

¿De qué sirvió prohibirle al niño Händel que tocara instrumentos de música ni que fuese a la escuela para que no aprendiera la escala musical? Se levantaba a medianoche para tocar una desvencijada espineta arrinconada en el pajar. El niño Bach copió métodos enteros de solfeo a la luz de la luna, a falta de las velas que brutalmente le negaba su familia, y no se descorazonó cuando le quitaron de entre manos las terminadas copias. El pintor West principió su labor en una buhardilla, y él mismo se fabricaba los pinceles con pelos de gato.

El entusiasmo de la juventud cortó el nudo gordiano que los viejos no podían desatar. Como dice Carlos Kingsley, las gentes menosprecian el entusiasmo de la juventud sin reparar el daño que hacen al enfriarlo con su menosprecio. ¡Cuánto debe el mundo al juvenil entusiasmo de Dante!

Tennyson escribió supri mera obra a los diez y ocho años, y a los diez y nueve ganaba una medalla en Cambridge.

Dice Ruskin que las más bellas obras de arte se deben a los jóvenes y Disraeli añade que casi todo lo magno se hizo en años juveniles.

Joven era Hércules cuando acabó las doce hazañas. La juventud entusiasta mira cara a cara al sol y deja tras sí las sombras. El corazón gobierna en la juventud; el cerebro en la virilidad. Joven era Alejandro cuando desbarató las asiáticas hordas que amenazaban sofocar en su propia cuna a la civilización europea. Napoleón había conquistado a Italia a los veinticinco años. Byron, Rafael y Pope murieron a los treinta y siete, edad fatal para muchos genios. Pitt y Bolingbroke fueron ministros casi antes de ser hombres. Gladstone se sentó muy joven en el Parlamento. Newton hizo algunos de sus más notables descubrimientos antes de cumplir los veinticinco. A esta misma edad moría Keats, y Shelley a los veintinueve. Lutero inició la Reforma a los veinti-

cinco años. A los veintiuno superaba Chatterton a todos los poetas ingleses de su época. Whitefield y Wesley comenzaron su obra reformista cuando todavía estudiaban en la universidad de Oxford, y el primero había influido en toda Inglaterra antes de llegar a los veinticinco. Víctor Hugo escribió una tragedia a los quince y había ganado tres premios académicos con el título de Maestro antes de los veinte.

Muchos genios mundiales no llegaron a los cuarenta años. Nunca como ahora tuvo tan favorable coyuntura de explayamiento el joven entusiasta. Nuestra época es la época de la juventud, ante cuyo culminante ardor se postran la languidez y la pasividad. Pero si el entusiasmo es irresistible en la juventud, mucho le aventaja el que suele animar a la vejez. A los ochenta años tenía Gladstone décuple vigor y fortaleza que un joven de veinticinco. La gloria de la edad se identifica con la gloria del entusiasmo, y el respeto tributado a las canas se transporta al ferviente corazón no vencido por la entorpecedora influencia del achacoso cuerpo. La *Odisea* es hija de un viejo ciego, pero este ciego y viejo se llamaba Homero.

Dándolo, duque de Venecia, ganaba batallas a los noventa y cuatro años y rehusó la corona a los noventa y seis. Bacon y Humboldt fueron infatigables investigadores has a exhalar el último

aliento. El valetudinario Montaigne no interrumpió las tareas intelectuales en medio de sus ataques de gota y otras dolencias igualmente molestas.

Johnson escribió a los setenta y ocho años su obra maestra: *Vidas de Poetas*. Foe publicó a los cincuenta y ocho años el *Robinson Crusoe*. Newton escribió nueve comentarios a sus *Principios* a los ochenta y tres años. Tomás Scott comenzó el estudio de la lengua hebrea a los ochenta y seis. Platón no cesó de escribir hasta su muerte, ocurrida a los ochenta y un años. Galileo rondaba los setenta cuando escribió un tratado sobre las leyes del movimiento. Jaime Watt aprendió el alemán a los ochenta y cinco. La señora Somerville terminó a los ochenta y nueve su obra: *Ciencia molecular y microscópica*. Humboldt completó su *Cosmos* a los noventa, un mes antes de morir. Burke no fué diputado hasta los treinta y cinco años, y sin embargo, dejó sentir en el mundo la influencia de su carácter. A los cuarenta años nadie conocía a Grant, que dos después era ya dechado de generales. Elías Whitney comenzó a estudiar a los veintitrés años y se graduó en Yale a los treinta; pero su máquina algodonera abrió dilatado campo industrial a los Estados del Sur. ¡Qué potencia mental demostraba Bismarck a los ochenta años! Lord Palmerston fué joven

